



Nº 30, 1998

EL CONTROVERTIDO NOMBRE DE AMÉRICA LATINA

Rodrigo Borja Cevallos*

El descubrimiento de América es “el descubrimiento” por antonomasia, que dio origen al gigantesco proceso de la conquista, colonización y mestizaje de las tierras del nuevo mundo, probó la redondez del planeta, modificó muchos conceptos de la vida y alteró el proceso político y económico de Europa y de América.

Sin embargo, utilizar la palabra “descubrimiento” par designar uno de los hechos más relevantes de la historia es reducirlo a una sola de sus fases, limitarlo en el tiempo y disminuir su significado, sesgando lo más importante que es el proceso de creación de una nueva sociedad y una nueva cultura en esa parte de Occidente.

Fue, en realidad, un descubrimiento mutuo: los europeos descubrieron, allende el océano, un nuevo mundo habitado, con culturas peculiares; y los hombres de las tierras americanas descubrieron la existencia de otra gente y otras culturas de las que no tenían noticia. Por supuesto que para los nativos la suya no era una tierra ignota. Estuvieron en ella desde hace 30.000 años. Descubrimiento fue para los europeos que hasta ese momento sólo conocían la existencia de África, con la que habían mantenido intensas relaciones de comercio y de guerra, y Asia, de la que traían sedas, piedras preciosas, porcelanas, joyas y especerías.

Pero a partir de la conquista de Constantinopla, la ruta tradicional que conectaba Europa con el Asia Menor había sido obturada por los conquistadores turcos. Lo cual movió a los españoles y portugueses a buscar afanosamente una nueva ruta que les condujera hacia los pueblos de Oriente a fin de canalizar por ella su comercio. En esas circunstancias, a Colón se le ocurrió ir al oriente por el occidente, dada su sospecha de que la Tierra era redonda, y en su larga travesía llegó a unas islas que supuso que eran las partes occidentales de la India. Encontró allí unos habitantes, extraños para los europeos, a quienes, por tanto, llamó “indios”. Solamente veinte años después, con el hallazgo del océano Pacífico por Balboa y la navegación de Magallanes y El Cano por sus aguas, se percataron los europeos de que habían descubierto un nuevo Continente –un mundus novus- al que comenzaron a denominar América porque un oscuro navegante florentino llamado Américo Vesputio fue uno de los primeros en adivinar y divulgar, en las cartas que escribió a sus patrones italianos, que esas tierras no eran las de Asia sino otras muy distintas. Eran unas tierras de dimensiones gigantescas, de valles y montañas colosales, de ríos tan caudalosos y de suelos tan lujuriosamente

* Presidente del Ecuador 1988-92. Doctor Honoris Causa por la Sorbona de París, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad San Andrés de Bolivia y The University of North Carolina.



fértiles, que las nociones del espacio y la distancia europeos resultaban en ellas totalmente inadecuadas.

Estaban habitadas por numerosos grupos en diferentes niveles de desarrollo. Los más avanzados, que se habían situado en mesoamérica y en las regiones andinas, probablemente estaban en un proceso de transición entre el neolítico y la edad del bronce –o sea entre la segunda etapa de la edad de piedra y el segundo de los estadios de la edad de los metales- puesto que conocían la fundición del cobre pero no del hierro e ignoraban la rueda, el arado, el molino y los vehículos de tracción animal. Tampoco conocían el arco ni la bóveda en arquitectura.

Sin embargo, los españoles hallaron en el nuevo mundo ciudades mayores a muchas de las suyas, templos monumentales, palacios extraordinarios, caminos bien trazados, tallas y joyas muy finas.

El nombre de América apareció por primera vez en 1505 en un pequeño libro que atribuyó equivocadamente el descubrimiento de estas tierras al navegante italiano Américo Vespucio. Muchas inconformidades suscitó posteriormente tal denominación. No pocos pensaron que era inadmisibile que un aventurero diera su oscuro nombre de corsario a las inmensas tierras descubiertas por Colón en una de sus más arriesgadas e impresionantes hazañas de la historia. Lo lógico habría sido llamarlas Colona, Colombia o Culumba, como algunos sugirieron, en homenaje al navegante.

Según dicen los escritos de Arturo Ardao, en su obra Génesis de la idea y el nombre de América, e Ignacio Hernando de Larramendi, en su libro Utopía de la Nueva América, fue el colombiano José María Torres Caicedo quien utilizó por primera vez, bien entrado el siglo XIX, la expresión Latinoamérica para referirse al conjunto de países colonizado por España, Portugal y Francia en esta parte del planeta.

La novísima denominación fue aceptada inmediatamente por el Vaticano, que cambió en 1862 el nombre del Colegio Americano del Sur por el de Instituto Eclesiástico de la América Latina. Más tarde Francia e Inglaterra acogieron también este nombre, con cierto dejo de hostilidad hacia España.

Pero el mexicano Fernando del Paso tiene otra versión. En su libro Noticias del Imperio afirma que la expresión América Latina fue, al parecer, inventada por Michel Chevalier, el ideólogo de la teoría panlatina de Napoleón III, para servir los intereses de Francia, puesto que, según dice, “las Tullerías están llenas de sueños de grandeza -Eugenia se cree otra Isabel la Católica. Y Luis Napoleón habla abiertamente de las repúblicas americanas que podrán ser transformadas en monarquías, aparte de las que, según él, ya tienen inclinaciones, como Guatemala, Ecuador y Paraguay”. Agrega que a todas ellas se les empezó a llamar “latinoamericanas” para satisfacer los afanes imperialistas de Francia, con lo cual “de paso se abarcó a todas las colonias francesas del cribe, presentes y futuras”.



Sin embargo, el escritor chileno Miguel Rojas Mix discrepa de estas apreciaciones. Sostiene que fue su compatriota Francisco Bilbao el primero en usar la expresión América Latina en una conferencia que dio en París el 24 de julio de 1856 y que sólo posteriormente la tomó Torres Caicedo y comenzó a difundirla en el ambiente parisino, con su gran influencia en los medios diplomáticos y culturales iberoamericanos de la capital francesa.

Para los latinoamericanos de ese tiempo la expresión tuvo connotaciones anti – hispánicas y anti – anglosajonas.

Sin embargo, siempre me he preguntado ¿por qué este nombre? ¿por qué se escogió el vocablo “latino” y no otro, aun admitiendo los afanes colonialistas de la Francia de aquel tiempo?

Los latinos fueron los habitantes del Lacio, cuya capital fue Roma. Si lenguaje fue el latín. Ellos dominaron, durante el Imperio Romano, los territorios de lo que después sería Francia, España y Portugal, países que habrían de conquistar más tarde una parte de América y que, con su mestizaje de sangre y de cultura, produjeron las naciones llamadas latinoamericanas.

Estas naciones se diferencian cultural e idiomáticamente entre sí: las iberoamericanas fueron conquistadas por España y Portugal –y hablan castellano y portugués- y las otras por Francia y hablan Francés junto con los lenguajes vernáculos de las poblaciones indígenas.

Latinoamérica no es una denominación muy precisa ni afortunada. Lo que así se denomina es un Continente heterogéneo. Hay en él países continentales e insulares, grandes y pequeños, con regímenes políticos distintos dentro de la democracia o fuera de ella, sistemas económicos diferentes, estructuras étnicas diversas y dispares grados de desarrollo económico y social. No hay, por tanto, una homogeneidad latinoamericana.

¿Qué llevó, entonces. A denominar así a este nuevo mundo?

Probablemente los lenguajes de los colonizadores, todos ellos derivados del latín, que fue el dialecto de la ciudad de Roma que se extendió por el Latium y más tarde y más tarde por las colonias del Imperio Romano en la Península Ibérica y en las Galias. Hubo el latín culto o sabio, que se expresó en las obras de la admirable literatura y en las piezas de la elocuencia incomparable de sus oradores, y el latín vulgar hablado por el pueblo, del que han nacido las lenguas modernas llamadas romances, que son el español, el francés, el portugués, el italiano, el rumano, el provenzal, el rético, el dalmático y otras.

Los conquistadores españoles, portugueses y franceses, por el hecho de hablar lenguas derivadas del latín, probablemente dieron origen al nombre América Latina con que se distinguió a las tierras de este Continente que colonizaron. No hay otra explicación, porque no pudo ser la cuestión étnica



puesto que lo español fue un mosaico de razas que, en conjunto, representaron un aporte mayor que el latino. Luego los que vinieron a América no fueron latinos propiamente. Tampoco pudo ser lo cultural, por la misma razón: porque la España conquistadora fue una mezcla de muchas culturas, aunque los elementos latinos fueron muy importantes. Por tanto, las carabelas no trajeron propiamente una cultura latina. No queda entonces otra explicación que la lengua como origen de la denominación de América latina.

Bien se puede decir, en consecuencia, que esa parte del mundo está todavía a la espera de un nombre.

Para mí el resultado más importante del proceso de descubrimiento, conquista y colonización fue el mestizaje, entendido como un hecho no sólo biológico sino cultural porque entraña la interpenetración de culturas para dar origen a una cultura nueva y diferente. En el mestizaje indoespañol de las tierras de América, la cultura que vino de fuera y las culturas vernáculas se fusionaron en una síntesis en el curso de un proceso simbiótico que aún perdura. Cada una de ellas aportó lo suyo. Los españoles llevaron la brújula y el sextante para la navegación, el hierro industrializado, la rueda, el arado, el molino, la destilación. Los indios aportaron, entre otras cosas, los secretos arrancados a la naturaleza (como el uso del frío para la conservación de los alimentos), las técnicas de purificación del oro, la utilización del platino (que era un metal desconocido para los europeos), los sistemas de riego en las tareas agrícolas, las técnicas de cultivo en terrazas, el maíz, la papa, el fréjol, el cacao, el tabaco y muchos otros productos de la tierra. Recibieron de Europa la lengua, la escritura, la literatura, la religión, el Derecho y las ciencias experimentales. Entregaron el sistema decimal de los Incas, la ingeniería de caminos y el uso de una multitud de plantas medicinales. Los españoles introdujeron el arco y la bóveda en arquitectura, que permitieron cubrir grandes espacios. Y de allí se llevaron plantas que no tenían nombre científico y animales que no estuvieron en el arca de Noé.

A base de estos y otros elementos se produjo el encuentro de dos mundos que hasta ese momento no se conocían entre sí –descubrimiento recíproco- y se forjó el mestizaje cultural.

Como resultado de ese encuentro nacieron una nueva raza y una nueva cultura. Fueron la raza y la cultura mestizas indohispánicas que se extendieron principalmente por los Andes y mesoamérica. A ellas se agregó la negritud, porque de la cala de los barcos que llevaron a los conquistadores blancos salieron también los esclavos negros. Millones de ellos, desarraigados de su tierra, fueron conducidos a las Antillas y a las costas atlánticas en el curso del comercio esclavista que duró tres siglos. Ellos llevaron a América su bagaje de nostalgias, música, danzas, consejas y su concepción mágica del mundo. Pronto su presencia se hizo evidente y la cultura o las culturas africanas formaron parte del proceso del mestizaje americano. Surgieron el mulato, por la mezcla de negro y blanca o a la inversa, y el zambo, que es el híbrido de sangre negra e india.



Los conocimientos y los saberes de la nueva cultura estaban impregnados por el hombre, el barro y el paisaje americanos. El telurismo jugó un papel definitorio. La cultura que vino de fuera se transfiguró en el choque con la geografía y con las culturas vernáculas y, en un proceso de sincretismo original, ellas dieron a luz una nueva cultura, como parte de un proceso de mestizaje más amplio: el mestizaje de la sangre, las ideas y los sentimientos. Muchos pensadores y antropólogos –entre ellos José Lezama Lima, con su teoría del espacio gnóstico- consideran que el paisaje condiciona la cultura. La pampa, la montaña, el mar, el desierto, que son los paisajes que hereda y conoce el hombre, modelan su espíritu e inspiran sus ideas. El mestizaje iberoamericano está impregnado de telurismo. Los filósofos del telurismo hablan por eso de la “mística de la tierra” como base de la identidad cultural de esos pueblos.

Cuando llegaron los españoles a esos lares, que eran desconocidos para éstos pero no para los que en ellos habitaban, encontraron una enorme población indígena –estimada entre 60 y 70 millones de habitantes- dispersa en grupos a lo largo de la extendida e indómita geografía, con grados muy diversos de desarrollo cultural. No había un centro político dominante. Los grupos generalmente estaban incomunicados entre sí. Hablaban diversas lenguas. Los españoles encontraron millares de ellas. Tenían culturas orales aunque los grupos más avanzados contaban con anotaciones pictóricas y rudimentarios sistemas de contabilidad. En ellos se encontraron admirables expresiones de pintura, escultura, música, orfebrería y arte textil. La arquitectura era muy dispar, desde las elementales cabañas de las islas caribeñas hasta las colosales edificaciones de los mayas, los aztecas y los incas. Se construyeron enormes ciudades y la vida urbana fue muy desarrollada en algunos lugares.

Los conquistadores, que vinieron solos, iniciaron el mestizaje al día siguiente del descubrimiento.

En los altiplanos andinos de Ecuador, Perú y Bolivia llámase cholo al mestizo, aunque el término tiene para “los de arriba” cierta connotación despectiva. El cholo es generalmente un hombre complicado. El sistema social dentro del cual vive –sistema injusto y de poca movilidad- le ha conducido a pensar que, haga lo que haga, su vida no cambiará. El sistema es demasiado inflexible. Esto ha originado una fuerte disconformidad en su ánimo. Mezcla de resentimiento social y rebeldía, tiene temperamento introvertido, contradictorio y a veces violento. Menosprecia al indio, aunque sabe que por sus venas corre sangre india, y no quiere al blanco, al que considera discriminador y abusivo. Su vida es una incesante búsqueda de identidad, como lo revelan su literatura y sus creaciones artísticas.

En los enclaves negros del Caribe, los Estados Unidos, el Brasil, Colombia, Venezuela, México, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Ecuador Panamá y Perú nació el mulato, que es el mestizo que lleva en sus venas sangre blanca y



sangre negra. Alegre y bullanguero,. Es persona que supera sus adversidades con exultación. Tiene temperamento comunicativo y desbordante.

La negritud alcanzó en esas tierras –con toda la fuerza de sus raíces y de su magia, de sus leyendas y cosmologías- expresiones muy importantes y muy hermosas en la danza, la música, el folclor y la literatura.

La cultura africana y su visión fetichista del mundo, después de un trabajoso proceso sincrético, se plasmaron en manifestaciones como el vudú haitiano, la macumba y el candomblé brasileños, la santería cubana: todas ellas hermosas muestras de superstición que se exteriorizaron en danzas y ritos de homenaje a los dioses, pero que también sirvieron para cultivar el africanismo de los negros y su inconformidad contra los blancos. Las tenidas secretas, a las que a menudo asistían los cimarrones, servían también para organizar la resistencia de los negros. Detrás de las manifestaciones religiosas latía y germinaba su rebeldía. Por eso los amos blancos condenaron siempre el fetichismo de los esclavos negros.

Sin embargo, el arte plástico negro no fue reconocido por los círculos culturales europeos sino a comienzos de este siglo. Antes la escultura africana era considerada una “negrería” primitiva y sin valor por las élites artísticas europeas. Recordemos que el mismo Humboldt consideraba a la producción plástica no europea como cosa curiosa y pintoresca pero no como arte. Se atribuye a Picasso haber respondido: “¿Arte negro? No lo conozco”, aunque su cuadro Señoritas de Avignon demuestra lo bien que conocía las máscaras de El Congo y Costa de Marfil. El descubrimiento del arte negro se hizo en París en los años veinte. Allí se produjo su eclosión. Y por primera vez se empezó a hablar de “arte negro” y no de “negrerías”. Los intelectuales progresistas pusieron de moda los valores plásticos de la negritud. Muchos de sus elementos, incluidos los colores encendidos, tuvieron notable influencia en los pintores de vanguardia.

El tema de la negritud interesó a algunos de los dramaturgos españoles del siglo de oro. Lope de Vega escribió dos obras teatrales: “El negro de mejor amo” y el “Santo negro Rosambuco”. Antonio Mira de Amescua, a principios del siglo XVII, escribió una comedia que curiosamente llevaba el mismo título: “El negro de mejor amo”. Luis Quiñónez de Benavente fue el autor de “El negrito hablador”. Y ya en pleno siglo XVII, Juan Bautista Diamante publicó su obra “El negro prodigioso”. Fue una negritud literaria hecha por blancos. Cosa que no es nueva y que igual ocurrió con el indigenismo en América Latina y con el gitanismo en Europa.

La narrativa afroamericana, que empezó a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos con los poemas negros de Daniel Alejandro Payne, impactó en la literatura europea. En España han cultivado temas negros ilustres poetas como Evaristo Silió, Manuel Machado, Federico García Lorca, José Méndez Herrera, Alfonso Camín, José María Uncal y varios otros. Y la novela “El negro que tenía alma blanca”, de Alberto Insúa, ha tenido una proyección universal.



La revolución mexicana dio comienzo a un proceso de reivindicación de los valores del mestizaje, a partir de ciertas ideas aisladas que se produjeron en el siglo XIX e incluso antes, a finales del siglo XVIII, con Félix Azara y fray Servando Teresa de Mier. Este movimiento de identificación de los valores positivos del mestizaje tuvo su apoteosis con el pensador y político mexicano José Vasconcelos en los años 20. Consideró que con él había surgido una nueva raza, llena de posibilidades y originalidades, formada por todas las razas, porque la España que llegó a América llevó sangre ibera, celta, celtíbera, griega, fenicia, cartaginesa, visigoda, ostrogoda, sueva, árabe, judía –fue una España de rostro múltiple- que, al mezclarse con la india y con la negra, dio lugar a lo que Vasconcelos llamó la raza cósmica. Para él la misión de Iberoamérica era la de crear esta nueva raza, síntesis de todas las otras. Raza definitiva. “Su predestinación obedece –escribió el mexicano- al designio de construir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad, por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes”.

Con su vigoroso alegado en defensa del mestizaje, Vasconcelos impugnó el estereotipo que pretendieron forjar por esos años ciertos racistas europeos –el francés Arthur de Gobineau, el alemán Richard Wagner, el inglés Houston Stewart Chamberlain, el alemán Alfred Rosenberg y otros, quienes sostenían que las mezclas de sangres daban por resultado lo peor de cada una de ellas y que del producto de ese cruce salían seres inconfiables y carentes de lealtad para con una u otra de sus mitades. Esquema que se difundió en la literatura de ese tiempo. Salvador de Madariaga, por ejemplo, afirmó que en la mezcla de indio y español debe encontrarse el origen del antihispanismo.

El movimiento tuvo ecos en el Perú, con José Carlos Mariátegui, y en otros países mestizos de los Andes, en donde venía desarrollándose una batalla campal entre los “hispanistas”, que cantaban las glorias de España, y los “indigenistas” que exaltaban el imperio incaico. La literatura se encargaba de dramatizar la dicotomía entre el patrón blanco –inhumano y feroz- y el indio subyugado. El uno habla español y el otro quechua. La novela “Huasipungo”, de Jorge Icaza fue, en el Ecuador, una maravillosa expresión de este mundo maniqueo. El mestizo era, hasta ese momento, el gran ausente de la realidad social y de la narrativa de los países andinos. En realidad, hasta las primeras décadas de nuestro siglo las fotografías y dibujos de ese tiempo sólo muestran criollos con chistera e indios emponchados. El mestizo no hace su ingreso todavía al escenario social. El propio indigenismo marxista, mientras atribuía al indio el papel redentor que Marx confió al proletario, no tomó en cuenta al mestizo.

En medio de estos dos fuegos surgió el elemento fundamental de la realidad social andina y mesoamericana, protagonista de la literatura de denuncia, En sus venas corría sangre india y sangre blanca, pero nació en contraposición al indio y al blanco. Lo cual llevó al historiador peruano Carlos Daniel Valcárcel a



afirmar que el mestizo “padece la doble tragedia de dos almas irreconciliables y el doble rechazo de los de arriba y de los de abajo”. Adivino en el seno de la estructura de desigualdad social legada por la colonia, que era una compleja construcción cultural que había creado su propio derecho positivo para consagrar y defender el orden social establecido, que había generado dentro de él determinadas instituciones política y poderes fácticos, que había encomendado al blanco, al cholo, al indio, al mulato y al negro sus propias y distintas tareas productivas dentro de la peculiar división social del trabajo y que había confinado al indio y al negro a ocupar en la estratificación social un “nicho” subordinado e inamovible.

Soy partidario de una visión de España desde América exenta de prejuicios. Creo que se deben tratar estos asuntos sin complejos de inferioridad. Ni “madre patria” ni “patrias hijas”: Igualdad. Comparto el pensamiento del presidente uruguayo Julio María Sanguinetti de que se puede decir lo que quiera de los abuelos – que fueron buenos, que fueron malos- pero lo que no se puede decir es que no fueron nuestros abuelos.

La relación afectiva entre pueblos que hablan la misma lengua –hermosa lengua rítmica y grata al oído- y que tienen muchas otras cosas en común, se ha mantenido siempre, bajo el peso gravitante de la herencia histórica. Es verdad que durante la noche franquista, por razones que no es del caso analizar hoy, esos lazos de unión se debilitaron. Pero aun en esa circunstancia la España peregrina recobró en nuestra América el remanso y la paz y se reconfortó con la admiración de nuestros pueblos.

Benjamín Carrión, una de las cifras mayores de la literatura ecuatoriana, decía que: “España nos hizo la visita de las carabelas, hazaña máxima de la estirpe humana. Nos dejó la herencia de la cruz y la lengua de la lealtad, el honor y la aventura. España, unidad de variedades, hombría hecha de múltiples hombrías, se abrió las venas caudalosas para enviarnos raudales del hervor de su sangre, en un ímpetu de varonía que supera al de otras razones de conquista y civilización”.

Esas son razones suficientes para marchar juntos por los campos minados de la política internacional y edificar un proyecto común de desarrollo que pueda arrostrar las asechanzas de una “globalización” económica hecha a imagen y semejanza de los países poderosos.

La globalización de hoy no es más que la consecuencia del orden internacional unipolar que vivimos y responde a los intereses hegemónicos del imperio triunfador en la guerra fría, que se expresan principalmente en la salvaje libertad para conquistar mercados y para implantar el llamado “comercio libre”, que en realidad es un comercio dirigido y administrado, hasta en sus más pequeños detalles, por las grandes corporaciones transnacionales.

En este entorno de implacable hostilidad internacional, que ha erigido una suerte de darwinismo económico en el cual prevalece el más fuerte, es



menester estrechar los lazos de solidaridad entre nuestros pueblos y afrontar de mancomún los nuevos retos.